

R. 28052

LA RESURRECCION
DE UN HOMBRE,

POR

D. Miguel Tenorio.



Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado
poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.



MADRID.-1845.

Imprenta de Hilario Martínez,
Calle de la Encomienda, núm. 10.

Envíada a la Real Academia de Ciencias y Letras de Granada
por el Ministerio de Ultramarinos
en el momento de salir a la posta
D. JUAN MARTINEZ BUSTO

PRIMERA PARTE.



82085.9

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	C
Estante:	001
Numero:	057 (2)

Es propiedad de D. Ignacio Boix, y nadie podrá reimprimirla sin su consentimiento.



MARTINEZ DURAN

Exposición de la Universidad de Granada
en la farmacia del Hospital
de San Juan de Dios
MIGUEL MARTÍNEZ

PRIMERA PARTE.



PRIMA PARTI



Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

I.

¡Terrible muerte! con dolor clamaba,
la frente entre las palmas escondiendo
un anciano furioso que hojeaba
á ratos un volúmen; y midiendo
pergaminos y esferas, se mesaba
la barba como nieve: discurriendo,
sus cejas se enarcaban, y sus ojos
de sangre henchidos relumbraban rojos.

Era el momento en que la luz del día
descolorando la mitad del mundo,
en el ancho occidente se escondía,
que prestaba á su paso antro profundo.
Su último resplandor fugáz ardía
entre nubes de grana, é infecundo
el aire de la noche se lanzaba
desde el oriente, y frío circulaba.

«Ya otro sol feneció, y en vano espero,»

6 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

(volvió á clamar el despechado anciano),
á arrojar su fulgor vendrá el primero
cien y cien veces, que el destino insano
logre vencer, y al hombre del postrero
lecho arrebate mi atrevida mano.
Nunca podré cambiar mi horrible suerte,
que es invencible el cetro de la muerte!! »

« Todo lo arruina en su sangriento vuelo
reinando sola en la creacion entera;
la tierra, el mar, la atmósfera y el cielo
son campo estrecho á su soberbia fiera;
envuelve en luto eterno al triste suelo,
siendo de todo ser causa primera;
pues ni la blanda flor risueña crece
si del rocío en la tumba no se mece. »

« Y esas que brillan fúlgidas estrellas
en el éter azul, cual puntos de oro,
se tornarán en pálidas centellas
al son horrible de clarin sonoro,
y cuando su esplendor apaguen ellas,
bañado el universo en sangre y lloro,
por la muerte tambien será arrastrado,
y en su panteon inmenso sepultado. »

Dijo y calló: sus sienas palpitaban
hinchadas ambas y cual fuego ardientes;
sus miradas inciertas vacilaban,
ya llenas de pasion, y ya indolentes;
sin intencion sus manos se cruzaban,
y unos con otros sus quebrados dientes,

en tanto que en su mente revolvía
el orbe entero que patente vía.

Súbito se alza, y con turbada planta
corre alterado por la estancia oscura:
ase un martillo y con vigor quebranta
una piedra aplomada, informe y dura:
toma un crisol, y con presteza tanta
brilla dentro de un horno lumbre pura,
que el que entonces lo viera, con espanto,
podiera creerlo misterioso encanto.

En turbias ondas por el aire sube
deshecha en humo de color sangriento
la piedra derretida, cual la nube
que arroja negra en su terrible aliento,
de rabia ardiendo el infernal querube
al dar odiosa maldición al viento,
cuando al trono de Dios sin fruto clama
por siempre atado en su mansión de llama.

Mira el anciano atento y conmovido
con ojo ansioso la materia ardiente,
y en su blanco entrecejo recogido
la duda y el temor se ve patente:
hincha su pecho el aire detenido,
amaga á hablar su labio balbuciente,
y lanza al fin un grito cuyo acento
llenó vibrando el cóncavo aposento.

Cesa al instante el humo que salía
del caliente crisol, y allí pequeño

8 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

grano azul en el fondo se veía
que descorrió del alquimista el ceño.
Como rica amatista relucía,
y ya de tal tesoro el viejo dueño,
cual si á sus ojos se rasgase un velo,
clamó mirando con delirio al cielo:

«Vencí, vencí por fin: á mi osadía
cedió el destino por la vez primera,
y ya desprecio de la tumba fría
el horrible silencio y noche fiera.
En vano el hilo de la vida mía
ha de cortar la muerte en su carrera,
que atada el alma con eternos lazos
la losa rota saltará en pedazos.»

«Y el insecto voráz al cuerpo muerto
en vano aplicará su inmundo diente,
y en vano del arroyo el curso incierto
en hilos destrenzando su corriente,
hará llegar hasta mi cútis yerto
filtrándose sus aguas lentamente,
que en mi pecho arderá secreta llama,
siendo mi piel impenetrable escama.»

«Y cuando ya la tierra en lento paso
por la mano del tiempo conducida
vea sepultarse al sol en el ocaso
marcando el fin de un año en su caída,
la piedra que contiene ora ese vaso,
entonces en mi seno contenida,
hará correr la sangre por mis venas

que de fluido y calor se verán llenas. »

» Y el cristal de mis ojos empañado
 á lucir tornará resplandeciente,
 y el astro de la luz verá asombrado
 cual roca inmensa ardiendo en occidente:
 volverá el pensamiento anonadado,
 inquieto á rebullir á quien mi frente,
 y con vida otra vez y movimiento
 saldré de nuevo á la region del viento.

« Y el orbe todo súbito cobrando
 color y formas á mi vista ansiosa,
 irá en círculo extenso desplegando
 su infinita riqueza portentosa.
 Veré la fuente clara resbalando
 por rocas seculares bulliciosa,
 en arcos de cristal y de esmeralda
 bañar del monte la tranquila falda. »

« Veré las aves en inquieto vuelo
 la atmósfera cruzando trasparente,
 alzarse raudas á besar el cielo
 meciéndose en las nubes blandamente,
 ó rastreras tal vez el verde suelo
 con sus alas tocar, y en el ambiente
 derramar sus tesoros de armonía
 cual coro alegre despidiendo al día. »

« A los hombres veré con débil pecho
 palpitando de horror junto á la huesa,
 y viendo, cual yo ví, su helado lecho

10 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

de horrible nada entre la bruma espesa.
Contemplaré con risa su despecho,
y elevando mi frente audáz, ilesa,
mi mano ha de mostrarles el camino
que á su misero ser marcó el destino.»

«Mas ¡ah! ¿si airado el Hacedor del mundo
se burlase cruel de mi locura,
y al sueño eterno, aterrador, profundo,
abriese para mi la sepultura?
¿Si al golpe de su furia tremebundo
sobre mi frente ya la losa dura
inmóvil se quedase, y abismado
mi cuerpo entre la arena sepultado...?»

«Entonces ¡ay! mi espíritu gimiendo
de suplicio infernal bajo las penas,
él atrevido intento maldiciendo,
de tormentos cargado y de cadenas,
veria correr los años conduciendo
eternas horas de dolores llenas,
siendo castigo el mordedor gusano
á atroz suicidio de insensata mano.»

«¡Pensamiento de horror! ¿Por qué, Dios mio,
seguridad no das como osadia;
porque tiemblo cobarde y desconfio
si es tu poder el que mi genio guia?
¿Por qué se mezcla del terror el frio
á la esperanza que tu voz me envia...?
¡Miseria humanidad! ¡tu alma es la duda!
¡déjame ¡oh Dios! amar la muerte cruda!!»

Así en lucha penosa el triste anciano
 su razón fatigada revolvía,
 y del placer de un triunfo sobrehumano
 á una inquietud cobarde descendía:
 ya el poder admiraba de su mano,
 ya un mezquino terror le acometía,
 é incierto vacilando detestaba
 la luz que su cabeza iluminaba.

Y un hombre hallar en valde pretendía,
 recorriendo mil nombres en su mente,
 que osase abandonar la luz del día
 y en el polvo clavar mística la frente.
 El anciano probar así quería
 del talisman en otro el fuego ardiente,
 y al ver que su deseo no lo hallaba,
 ¡cobardes son los hombres! exclamaba.

En tal punto, en el fondo se presenta
 de la estancia un esclavo que se humilla;
 y el viejo pensador la vista atenta
 clava sobre él desde su tosca silla:
 riqueza el traje del esclavo ostenta
 cual si sirviese á un grande de Castilla,
 y humilde para hablar licencia espera,
 siendo el respeto de su voz barrera.

Muda pregunta, el gesto contrayendo,
 le hace el viejo alquimista, lentamente
 en su barba los dedos escondiendo
 y replegando el cutis de su frente.
 Alzase el siervo, incierto dirigiendo

12 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

sus ojos con temor, y balbuciente
habla con voz de sobresalto llena,
y sordo el eco en derredor resuena:

«Consultaros, señor, mi dueño quiere,
y el permiso de entrar aguarda ansioso.
—Será un hombre que inquieto vive y muere,
suerte del que en el mundo es poderoso:
dile que puede entrar, y que no espere
licencia de un anciano laborioso
que aprende con afán á hacer el oro
para que aumente avaro su tesoro.

Salió el esclavo, y al instante envuelto
en un manto de seda y pedrería
entró un mancebo de ademan resuelto,
retratada en su frente la osadía:
en rizos de oro perfumado, y suelto
el cabello hasta el hombro descendía,
y el sombrero precioso blanda azota
en leve ondulacion blanca garzota.

Sus ojos melancólicos sombream
larguísimas pestañas, como en torno
de una estrella los rayos centellean,
ó en cerco de un brillante rico adorno.
Llenos de fuego y de pasión chispean
cual llamas fugitivas del gran horno
que escondido en el centro de la tierra
hondo volcan en sus entrañas cierra.

«Vendrán, dice, los hombres, según creo,

á consultaros siempre, sabio anciano,
 para satisfacer algun deseo
 que al templo sirva de su orgullo vano:
 para aliviarme á mi, cierto preveo,
 que toda vuestra ciencia será en vano;
 pero tal es el hombre; su esperanza
 aun mas allá de lo posible alcanza.»

«Yo que mecido en opulenta cuna
 me vi adulado en mi primer sonrisa,
 y hoy cercado de amor y de fortuna
 besan mis siervos do mi planta pisa;
 yo que á la luz del sol y de la luna
 puedo estrechar el seno de mi Elisa;
 yo triste siento indefinible pena
 que desgarrá mi vida y la envenena.

«En medio de los báquicos festines,
 en muelle y blando lecho recostado,
 do en torno exhalan mágicos jardines
 su delicioso ambiente perfumado;
 bebiendo con ilustres paladines
 bajo un techo de esencias impregnado,
 hieren mi corazon los mismos goces,
 y á mi pesar las horas van veloces.»

«Y me cansa la vida: el seco hastío
 muerde mi seno con su lento diente;
 lloro sin padecer, sin placer rio,
 no ve color mi vista indiferente;
 y sin poder llenar este vacío
 que está en mi corazon y está en mi mente,

14 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

la vida arrastro cual pesada carga
que oprime el hombro y el andar embarga.»

«Y en vano el blanco seno de mi esposa
palpitante de amor estrecho al mio,
y al labio seductor de nieve y rosa
acercó con afán mi labio frío:
queda engañada mi esperanza ansiosa,
y mintiendo placer falso sonrío,
mientras que con silencio el alma llora
sintiendo el cáncer ¡ay! que la devora.»

Escuchaba el anciano sonriendo
del mancebo la pena lastimera,
y en su clara razón estaba viendo
la causa de sus males verdadera.
Mas callando taimado, y componiendo
el gesto con engaño, su alma fiera
en tan horrible historia se gozaba
y á abusar de su ciencia se aprestaba.

Y el talisman terrible recogiendo
del fondo del crisol donde lucía,
la piedra en dos mitades dividiendo
en cajas de marfil las escondía;
y misteriosa inspiración fingiendo
al lastimado joven dirigía,
con apagada voz y ojos serenos,
estos acentos de perfidia llenos:

«Si tuviérais valor; si ardiente hirviera
la sangre en esas venas juveniles;

si el alma que abrigais no se rindiera
 á sombras vanas de temores viles;
 si el pecho miserable se atreviera
 á hacer eternos vuestros treinta abriles,
 con corto padecer y pena leve,
 felicidad y paz os diera en breve.»

Roja la frente y la mejilla ardía
 del joven cuya audacia se dudaba,
 y allá en su seno el corazón latía,
 callado porque un viejo lo insultaba,
 el cual gozoso en tanto sonreía
 viendo el ardor que al joven devoraba,
 y enmascarando aleve su contento
 siguió diciendo con faláz intento:

«El temor de la muerte es el gusano
 que muerde sin cesar vuestra ventura;
 tormento indefinible que inhumano
 sepulta vuestra vida en la amargura;
 ese decreto cruel del soberano
 Rey de los reyes vuestra dicha apura:
 y yo mortal, criatura miserable,
 puedo romper la ley invariable.»

«Dios quiso dar á mi sublime ciencia
 un poder absoluto sobre el mundo,
 con tal que el alquimista en su conciencia
 lo respetase con temor profundo.
 Nada pudiera yo sin su presencia,
 é inútil fuera mi saber fecundo
 si su voz poderosa no escuchase,

y humilde ante él mi cuello no doblase.»

«Mas no la dicha sin valor se halla
y nada para vos puede mi mano.»
Del joven el furor aqui ya estalla:
«Callad, diciendo, miserable anciano;
recobrad el vigor, guerrera malla
vestid pues lo podeis: el sobrehumano
brazo extended, y mi cuchilla ardiente
entonces os dirá si soy valiente.»

«Nadie dudar osó de mi pujanza,
ni negar de mi brazo pudo el brio
sin morder luego á impulso de mi lanza
tinto en su propia sangre el suelo frio;
pero desprecio solo y no venganza
devuelve á la vejez el pecho mio,
donde reinan á par de la nobleza
el valor generoso y la entereza.»

«Dadme el remedio, anciano, dadme y vea
vuestra injusta sospecha fin seguro;
dadme el remedio aunque la muerte sea,
y usarlo al punto por mi nombre os juro;
que al que no tiembla cuando airoso ondea
pendon guerrero sobre su fuerte muro,
incitando al horror de la batalla,
no opone el miedo en sus acciones valla.»

Dijo, y clavando su mirada ardiente
en los ojos tranquilos del anciano,
alzó orgulloso la soberbia frente,

su daga asiendo con terrible mano;
y el blanco pelo de su sien pendiente
ligero retendió, cual tiembla ufano
sobre el Etna gigante conmovido
el pino en sus raíces sacudido.

Impávido el anciano y satisfecho
vió aquel furor, tranquilo, inalterable,
sin que agitase su calmado pecho
el amago de un brazo formidable.
Con maligna frialdad miró deshecho
el estorbo que opone inexpugnable
el miedo vil en flacos corazones,
y pausado repuso estas razones:

«Cuando jura un hidalgo nunca miente,
y ya á vuestro valor mi ciencia fio.
El remedio tomad, que es suficiente
para haceros feliz en Dios confio;
vais á burlar la muerte, eternamente
tendreis que respirar, si el brazo impío
con infernal furor no alzaís vos mismo,
y os lanzáis de la nada al hondo abismo.»

«Un año solo la marmórea losa
sin vida al cuerpo cubrirá callada;
un año solo muda y silenciosa
tenderá sobre vos su mano helada
la aterradora muerte: presurosa
al fin de aquel la vida anonadada
á animar volverá vuestra existencia
á la voz de la eterna omnipotencia.»



18 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

« La dicha entonces seguirá constante
con faz risueña vuestra alegre vida,
y nunca en duelo el pecho palpitante
llorará triste la quietud perdida;
ni verán mas los ojos, vacilante
sobre la sien el hacha suspendida,
con que castiga Dios en los humanos
de una mujer las imprudentes manos.»

Diciendo así el astrólogo entregaba
el talisman al joven admirado,
que con mano segura lo tomaba,
tranquilo el rostro, el corazón turbado:
y ocultando el temor que le agitaba,
dijo al anciano, á Dios, precipitado,
y huyó por una oscura galería
do el eco sus pisadas repetía.

La luna en tanto callada
se alzaba en el alto cielo
en blanca nube embozada,
mandando al alma apenada
en su dulce luz consuelo;

Y en los pardos torreones
de un opulento castillo
resonaban las canciones
de diez alegres varones
que cruzaban el rastrillo.

Todos de gala vestían
brocados de plata y oro,



y espadas ricas traian,
y espuelas que relucian
en movimiento sonoro.

Leves plumas sus sombreros
al ligero viento daban,
atravesando altaneros
entre tostados guerreros
que á su paso se inclinaban;

Haciendo marcial saludo
á tan preciados señores,
chocando con gesto mudo
la lanza contra el escudo
como fieles servidores.

Ancho salon alumbrado
por esmaltados flameros
los recibe, do encerrado
rueda el humo perfumado
de soberbios pebeteros.

Y allí entre diamantes brilla
en rico asiento de grana
una dama de Castilla
que hace alarde en su mejilla
del carmin de la mañana.

Labio de coral luciente,
cútiis de blanco marfil,
mirada lenta y ardiente,
y adorna en rizos pendiente

el cabello su perfil.

Ligero cendal bordado
envuelve su hermosa espalda,
que está en su pecho nevado
con elegancia anudado
por un broche de esmeralda;

Y á los nobles, seductora,
saluda con dulce risa,
y es su boca encantadora
tierno boton que en la aurora
abre jugando la brisa.

Sin espada y sin valor
tiene nombre esta belleza
mas que un héroe vencedor,
sus armas son el amor,
la virtud su fortaleza.

Es de Don Enrique esposa,
de aquel castillo señor,
á quien la fama ruidosa
da en su trompa bulliciosa
por renombre «el lidiador.»

Y es el mismo que al anciano
fue en secreto á consultar,
y el que tiene ya en su mano
el remedio sobrehumano
que va su duelo á acabar.

Marchando viene al castillo
 donde le espera el amor,
 sobre un caballo rosillo,
 que de su arnés muestra el brillo
 de la luna al resplandor.

Y en nube de polvo leve
 envuelto por la llanura,
 con tal presteza se mueve
 que la vista no se atreve
 à dar caza à la herradura.

Suelta el estribo llegando
 sin paje y sin escudero,
 y el potro à un siervo dejando,
 vuela hácia el salon pensando
 en el maldito hechicero.

Y en el sitio do escondido
 lleva el fatal elixir,
 siente de horror conmovido
 como un carbon encendido
 que no puede desasir.

Mas esclavo es del honor
 como atrevido y brioso,
 y es condicion del valor
 de un corazon generoso
 disimular el dolor;

Y sin dudar de una vez
 de cumplir su juramento,

mancillando su honradéz,
penetró con altivéz
en el marmóreo aposento.

Con gozo todos corrieron
à enlazar con él sus manos,
y siendo hombres no mintieron,
que en aquel momento fueron
solo nobles castellanos;

Y de un hidalgo español
es la amistad tan sincera
como es pura entre arrebol
la luz brillante del sol
en cielo de primavera.

Para probar su alegría
dieron principio à un festin,
en tanto que el claro dia
de otro emisferio corria
el espacioso confin;

Y en copas de oro bruñido
vierten el vino espumante,
que la vid ha producido
del verde campo florido
que el Betis riega ondeante:

Lozana vid que del suelo
ardiente del medio dia
arroja el llanto y el duelo:
vid que hizo soñar un cielo

al moro de Andalucía.

Mas Don Enrique no llega
à su mústio labio el vino,
y en vano la amistad ruega,
que al fastidio el alma entrega
porque aquel es su destino;

Y desdeñando indolente
el bullicio y la algazara,
cruza el salon lentamente,
y do está Elisa impaciente
melancólico se para.

Guárdeos el cielo señora,
la dice, que estais tan bella
que al miraros seductora,
tuviera envidia la estrella
que anuncia la blanca aurora.

Y à no ser yo vuestro esposo,
dueño de un tesoro tal,
al ver ese rostro hermoso,
ardiendo en fuego amoroso
fuera mi propio rival.

Y los valientes donceles
que por vos están brindando,
no fueran amigos fieles
si esos partidos claveles
¡amor! dijesen burlando;



Que con sola una mirada
la paz del seno arrancais
dejando el alma abrasada,
y por Dios que no me agrada
que tan hermosa seáis.

—Galante Enrique, venís,
repuso Elisa inocente,
tanto, que juzgo mentis,
pues no está lo que decís
retratado en vuestra frente.

—Es que me queman los celos
juzgando que poco valgo,
y á amor empañan desvelos
cual negra nube los cielos,
tornó á decir el hidalgo.

—Injustos son á fe mía,
volvió Elisa á replicar,
bella como el rey del día
mi corazon no sabia
antes de veros amar.

—Mas hoy sabe, respondió
el celoso caballero,
y puesto que ya aprendió
si he sido el primero yo
puedo no ser el postrero;

Y tal vez si yo faltára
un año de vuestro lado,

lo que antes sintió olvidara
y pérfido me negara
el amor que me ha jurado:

Que es voluble la mujer,
y en su blando y frágil seno
se juntan llanto y placer,
y á veces sigue al querer
del ódio amargo el veneno.

Mezquinas sospechas son,
dijo la dama ofendida,
que si es noble el corazón
no da entrada á otra pasión
la fe vendiendo ofrecida;

Y aunque ofendeis mi pudor
de mi recato dudando,
os profeso tanto amor
que quiero morir, señor,
si no he de vivir amando;

Y juro seros tan fiel,
que en vano airada la suerte,
entre nosotros cruel,
pusiera el negro dosel
de la aterradora muerte.

—Pensad, Elisa, que suele
pesar mucho un juramento,
guardaos de que al cielo vuele,
que no sabéis lo que duele

esa voz que lleva el viento:

Pues cada sol que en oriente
se alza conduciendo un día,
trae en su disco refulgente
nuevo color al ambiente
y nueva luz nos envía;

Y nunca los ojos ven
hoy lo mismo que mañana,
que la tierra en su vaiven
obliga á rodar también
de gozar el ansia vana.

Mas puesto que lo quereis,
tened firme en la memoria
el juramento que haceis,
y cuenta que no lloreis
en el final de la historia.

En tanto que los esposos
sobre su amor departían,
con gritos estrepitosos
los jóvenes bulliciosos
llenos de placer reían;

Y á su vista que ofuscaba
el dulce vapor del vino,
la felicidad pasaba,
y con su manto ocultaba
de los hombres el destino;

Deslizándose las horas,
que marchando con la vida,
la van royendo traidoras,
veloces cual las sonoras
aguas de fuente escondida;

Y bella la imprevisión
de la juventud hermana,
en cabeza y corazón
derramaba su ilusión
sin matices y liviana.

Todo era gozo y ruido,
todo risas y alegría,
cuando vino á herir su oído
un penetrante alarido
que de otro extremo salía.

Y no tan presta la brisa
á besar vuela el clavel,
cual ya sin gozo y sin risa
fueron á correr á Elisa
los jóvenes en tropel:

Que era Elisa la que al seno
arrancó el doliente grito
de rabia y despecho lleno,
cual si de ardiente veneno
sintiese el fuego maldito.

Y sobre el mármol del suelo
arrodillada pedia

piEDAD y favor al cielo,
dando salida á su duelo
en el llanto que vertia.

Rico, inapreciable don
era aquel raudal precioso,
grande como su afliccion
que mandaba el corazon
á Don Enrique su esposo.

Este á sus plantas yacia
fatigado y macilento,
y en su ancha frente se via
pintada la saña impia
de interno dolor violento.

En las órbitas rodaban
sus ojos desencajados.
que ya indolentes miraban,
y ya fijos se quedaban
en sus amigos clavados.

Hinchando el labio y temblando
espumante se movia
en ronco son murmurando,
y Elisa en tanto llorando
favor sin cesar pedia.

Alterados acudieron
en tumulto estrepitoso
cuantos el lamento oyeron,
y entre los que allí vinieron

un sacerdote piadoso ,

Que viendo la muerte helada
en la sien de su señor,
puso en su mano turbada
una imagen que guardada
llevaba del Redentor;

Y entonces con devocion
se hincaron todos de hinojos,
derramando en su afliccion
de los labios la oracion
y lágrimas de los ojos :

Círculo espeso formando,
en cuyo centro se via
un sacerdote rezando,
una beldad sollozando
y un mancebo que moria;

Un mancebo á quien ahogaba
un veneno abrasador ,
que su seno devoraba,
y en sus ojos se pintaba
con diabólico color.

Manchas lividas tenían
su hermoso rostro deshecho,
y sus dientes que crujian
la hinchada lengua mordian
con horroroso despecho;

30 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

Y en medio de angustia tanta,
y del general lamento,
la voz rompe en su garganta,
y dice con son que espanta,
¡cumple, Elisa, el juramento!!!



II.

Voló la voz del cuerpo fatigado
llevando en pos la pesarosa vida,
que hasta animar de nuevo el resto helado
en la mente de Dios quedó escondida.

Elisa con el pecho acongojado
al peso del dolor cayó rendida,
y al desgraciado Enrique fiel tributo
rindieron todos en doliente luto.

Por largos dias funeral bandera
lloró en los muros su perdido dueño,
y gimió triste la comarca entera
en largas horas que robaba al sueño.

Miró un sol y otro sol la adormidera
con ciprés enlazada y con beleño,
fresca sobre la tumba solitaria
mostrando así la universal plegaria.

Trocó por tosca lana su atavío
la triste Elisa como el alba bella,

y afligida regó su rostro frio
 con llanto envuelto en perenal querella.
 Grabó el rudo dolor con ceño impío
 en la pálida jóven honda huella,
 y brillaron los ojos en su frente
 como entre parda nube estrella ardiente.

Y cuando en sombra con su oscuro manto
 la noche al mundo lúgubre envolvía,
 sola, y al frente de su atroz quebranto
 la triste viuda sin cesar gemía,
 y en larga vena derramaba el llanto
 si en amante ilusion blando sentía
 templar su pena el labio de su esposo
 que luego hallaba en eternal reposo.

Asi pasaron los ligeros dias
 volando oscuros del invierno helado;
 y limpio el cáuce de las fuentes frias
 regó halagüeño el floreciente prado:
 siguiendo el sol las celestiales vias
 se levantó de nuevo coronado
 de clarísimo fuego, y su luz pura
 volvió á cubrir la tierra de verdura.

El tronco erguido que el granizo hiriera,
 y el pensil bello que arrastró el torrente,
 á engalanar volvieron la pradera
 de nuevo orlando de verdor su frente:
 se alzó gentil la roja adormidera
 sobre los bordes de cascada hirviente,
 y en vez de opaca y cenicienta bruma

saltaron perlas de la blanca espuma.

Y las violentas ondas cenagosas
 que en el duro peñasco abrieron calle,
 arrastrando en su curso tormentosas
 la encina secular reina del valle,
 dejaron de correr tan presurosas,
 y sin que el viento en su descenso estalle
 parecieron tranquilas que entre ágata
 eran móviles láminas de plata.

Y blando aroma del jazmin libaron
 las auras leves en su dulce beso,
 y en el espacio plácidas velaron
 llevando por do quier grato embeleso:
 en el ambiente azul prestas juntaron
 el olor del azahar y del cantueso,
 é inundando la tierra de frescura
 triunfal corona se ciñó natura.

Elisa entonces contempló anhelante
 la creacion espléndida y lozana,
 y su mejilla pálida y temblante
 ligera tinta matizó de grana.
 Dió treguas á su duelo sollozante,
 y vió el rostro al placer en la mañana,
 cuando la aurora en nubes de amaranto
 despliega al viento su purpúreo manto.

Sintió que el aire delicado y puro
 su fatigado seno refrescaba,
 y que el harpon de los pesares duro



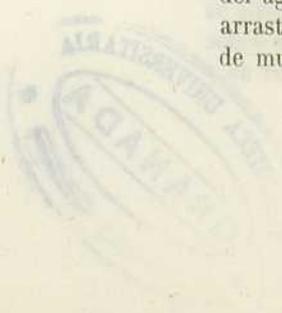
34 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

en la profunda herida se embotaba,
Ya se alejaba el horizonte oscuro
y otro de oro y carmin lo reemplazaba,
mandando al alma en su dolor consuelo,
paz á la tierra, resplandor al cielo.

Y el entusiasmo á renacer volvía
lento animando el corazon llagado:
ya con dulce tristeza recorria
el verjel por sus siervos cultivado;
con interés y conmocion veía
temblar el olmo en el tranquilo prado,
y revolar la inquieta mariposa
entre el follaje de la selva umbrosa.

Dos lágrimas preciosas resbalaban
en vaga agitacion por sus mejillas,
al escuchar los himnos que cantaban
llenas de amor las tiernasavecillas,
y al ver que en los jardines se adunaban,
separándose dos de sus cuadrillas,
para apagar al borde de las fuentes
de su pasion las llamas inocentes.

Y al ver la rosa sobre el tallo erguida
que en los brazos del céfiro ondulaba,
y lleno el caliz de fragancia y vida
abrigando el rocío, lo arrullaba
sobre la orilla verde suspendida
del agua que á sus plantas murmuraba,
arrastrando consigo en ondas rojas
de muertas flores las perdidas hojas.



Y sus lágrimas se unían
 á la corriente ligera,
 y en el sitio do nacían
 los amores encendían
 una solitaria hoguera.

Hoguera siempre creciendo
 porque el olvido soplabá,
 y Elisa en tanto gimiendo
 iba en su mente fingiendo
 mil fantasmas que adoraba.

Porque un alma tierna, ardiente,
 tan susceptible es de amor,
 que lo encuentra fácilmente
 en el bullir de una fuente,
 en el caliz de una flor.

Las tardes así pasaban
 con su cielo de arrebol,
 sus brisas que murmuraban,
 sus pájaros que cantaban,
 y su refulgente sol;

Y las noches recamando
 de estrellas el firmamento,
 pasaban también volando
 el ancho espacio cruzando
 sobre las alas del viento.

Y luego á lucir volvía
 blanca el alba en el Oriente,

y presurosa corria
la sombra que se escondia
en el lejano Occidente.

Sin que en el pecho de Elisa
se templase aquel amor,
tan dulce como su risa,
tan vago como la brisa
que vuela de flor en flor.

Aquel amor que el destino
cuando á la mujer lanzó
de la vida en el camino
con un carácter divino
en el corazon grabó.

Dulce fuego celestial
que arrojó su lumbre pura,
como el rayo matinal,
por los labios de coral
de la primer hermosura.

Fuego que lucha sin calma
para remontarse al cielo,
ardiendo vivo en el alma,
en vano, como la palma
que está arraigada en el suelo.

Y joven su fantasia
tan seductor lo pintaba,
que las sombras que veia
si su pecho las creia

su memoria las negaba.

É ingrata ya rechazando
recuerdos de otra ilusión,
despierta estaba soñando,
ante sus ojos mirando
seductora una vision.

Y con dulce voz cercana
le hablaba un angel de amor,
al alzarse sobre grana
claro el sol en la mañana,
y al apagar su fulgor.

Tal vez su mano estrechaba
ardiente y blanca otra mano,
y su seno palpitaba,
y su labio se inflamaba
en delirio tan tirano.

Sola, tal vez, y sentada
con la mano en la mejilla,
leía por soláz, cansada,
las victorias de la espada
de los nobles de Castilla;

Y distraída, fingiendo
una empeñada batalla,
sus ojos iban siguiendo
galán ginete corriendo
que cuanto encuentra avasalla.

38 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

Y cuando alegre y triunfante
trocaba el casco de acero,
y el ancho escudo brillante,
por fina seda joyante
y recamado sombrero.

Cuando el amor en su pecho
robaba el trono al valor,
y de la guerra á despecho
buscaba en mullido lecho
el premio de vencedor.

Entonces la realidad,
presentándose desnuda,
desgarraba con crueldad
el seno de la beldad
triste, solitaria y muda.

Y ocupada así de amores,
era la vida á sus ojos
manantial de dolores,
que si es la ilusión de flores,
la realidad es de abrojos.

Mas corrió el tiempo, y un día
que el firmamento divino
soberbio resplandecía,
y fúlgido relucía
el lucero vespertino;

Hora en que habla palpitante
la naturaleza entera,

y como gasa ondulante
la luz incierta y temblante
envuelve el monte y pradera;

Hora en que Elisa veía
un amante en cada sombra,
y en un bosque se escondía
do calma al cielo pedía,
oye una voz que la nombra;

Y al volver su faz hermosa
al sitio de do salió,
ve un joven de talla airosa
que en actitud respetuosa
galante la saludó.

Es Don Carlos cuya fama
iguala á su excelsa cuna,
y aunque ni siente ni ama,
por ser hombre de fortuna,
no halla desdeñosa dama.

Amigo de Enrique fue
mientras en el mundo vivió,
mas pereció aquella fe
al punto que holló su pie
la losa que lo cubrió.

Y á consolar á su esposa
viene ya de engaño armado,
cual con lengua venenosa
se acerca á la tierna rosa

40 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

insecto tornasolado.

Y hay horas en que se abrasa
con su fuego una mujer,
y lo que en su pecho pasa
cubre solo sutil gasa
dejándolo conocer.

En tal situacion se hallaba
la sensible y tierna Elisa,
y Carlos que la observaba
de aqueste modo le hablaba
con traidora y falsa risa:

—Enjugad, señora, el llanto
que empaña vuestra hermosura:
poned treguas al quebranto,
que no hay quien merezca tanto
rico caudal de ternura.

Mas quisiera que los cielos
cubriesen negros vapores
que veros yo ardiendo en celos,
con pena siempre y desvelos,
por imposibles amores.

Ved que estais mal afligida,
que rendido os ruego, ved,
y que es crueldad conocida
si no me volveis la vida
con tan pequeña merced.

Pues si la pasión que en mi
 vuestra belleza encendió
 desde el momento que os vi,
 fiel mi pecho la escondió
 mientras crimen la creí;

No puede ya estar callada
 porque llena el corazón,
 y como llama encerrada
 tiene mi frente abrasada
 con eterna agitación.

Turbada Elisa y temblando
 oyó al apuesto galán,
 y con pena respirando,
 roja como un tulipán,
 «hablais, le dijo, burlando.»

—Verdades os digo á fe,
 le respondió el seductor,
 y si otra mujer amé
 huyendo de Elisa fue
 y de un criminal amor.

Mas en valde, que en los brazos
 de cuantas damas quería
 siempre á Elisa en mis brazos
 ceñí con amantes lazos,
 y era Elisa la que vía:

Siempre mis labios besaron
 la frente hermosa que adoro,

y mis manos la tocaron,
y en torno de mi flotaron
esos cabellos de oro.

Esto Don Carlos decia
cuando arrodillado estaba,
y entre sus manos tenia
otra mano que oprimia
y con besos abrasaba.

Al mismo tiempo gemian
por última vez las aves
que en la selva se escondian,
y las auras se adormian
con sus murmullos suaves.

Y Elisa con frente pura
oye gozosa al traidor,
mas duda de la ternura
con que engañoso le jura
un inextinguible amor.

Y cual nube pasajera
que mancha el disco á la luna,
ó como un ave agorera
que se ve cruzar ligera
por pacífica laguna;

Así un recuerdo pasando
vino á turbar su placer,
y corrió al lugar, volando,
do no hay mañana en llegando

ni memorias hay de ayer.

Donde Enrique descansaba
 en su solitario lecho,
 y nunca su lengua hablaba,
 ni su sangre circulaba,
 ni se agitaba su pecho.

Empero cual si el dardo de los celos
 fuera bastante á devolver la vida,
 y si inquietar pudiesen los desvelos
 mente borrada y por la muerte hundida;
 ó cual si escrito fuese allá en los cielos,
 que siempre dure del amor la herida,
 se alzó temblando y arrojó el sudario
 gimiendo en su aposento funerario.

Cumplióse un año, y permitió el destino
 realizar la esperanza del anciano,
 que quiso hallar osado algun camino
 para huir el cetro de la muerte insano.
 Y al imprudente Enrique, que se avino
 á hacer la prueba con suicida mano,
 corrió á juntarse el alma entristecida,
 y fuerza ignota lo volvió á la vida.

El blanco mármol que sobre él pesaba
 golpe invisible desquició violento,
 y el cavernoso hueco do posaba
 dió entrada libre al vagaroso viento;
 y en su lóbrego centro se animaba
 como sombra terrible el macilento.

44 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

cuerpo que místico y sin calor yacía,
y muerto entre los muertos existía.

É hirió la luz brillante su pupila
de oscuridad envuelta en velo doble,
y naciendo en tropel ve que vacila
la flor del prado, de la selva el roble;
y que confusa sin cesar destila
de duras peñas en su cuna inmoble
líquido humor la cristalina fuente,
que ora es arroyo manso, ora torrente.

Y cual se escucha en sueño delicioso
la voz que sombra aérea nos envía,
dibujando su talle prodigioso
en luz mas clara que la luz del día;
así inmóvil Enrique y silencioso
la universal magnífica armonía
absorto oyó de la creación entera
en harpa dulce de visión ligera.

Pero la vida su poder cobrando
animó la memoria, antes parada,
que marchando hácia atrás fue colorando
recuerdos vivos de la edad pasada.
Gloria, celos, amor, raudos volando
corrieron á llenar su frente helada,
que el huracan de las pasiones zumba
en derredor del hombre hasta en la tumba.

Y veloz dirigió débil la planta
entre el temor luchando y el deseo,

desde la dura carcel que quebranta
 hasta encontrar á Elisa en su paseo.
 Mas se anudó el aliento en su garganta,
 cuando al morir el resplandor febeo
 al pie de un olmo la encontró anhelante
 oyendo amores de rendido amante.

Oculto entre la sombra pavorosa
 que los copudos árboles hacían
 quedóse, y comprimió su alma fogosa
 dudando siempre, aunque sus ojos vían.
 Sus manos con furor y ansia rabiosa
 el lugar de la espada recorrían,
 y su mirada fija y centellante
 en solo un punto se clavó radiante.

Doblaba allí Don Carlos la rodilla
 hasta engañar á su inocente esposa,
 que siempre vil la seducción se humilla
 para morder cual sierpe venenosa,
 y siempre la virtud franca y sencilla
 compadece hasta el vicio y es piadosa,
 sin que le sirva nunca el desengaño
 de hallar por premio ingratitude y engaño.

La joven candorosa suspirando
 de afectos diferentes escitada,
 entre amor y temores vacilando
 tiene una hermosa mano abandonada;
 en ella estaba Carlos estampando
 besos ardientes de pasión malvada,
 y lanzaban sus ojos fuego impuro

46 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

juzgando el triunfo de su amor seguro.

Y al ver de Elisa el labio silencioso,
y la mirada inquieta y vacilante,
y el aliento oprimido, que ardoroso
da movimiento al seno palpitante;
se alza del bajo suelo presuroso,
y la esbelta cintura en un instante
con atrevidos brazos ciñe y toca,
y á manchar vuela la carminea boca.

Enrique mudo y sin accion parado
una estatua de mármol parecia,
y en furia ardiente el corazon ahogado
por su entreabierta boca se salia.
Espantado dudando, el pie clavado,
con horrible quietud su ofensa vía,
cual suele el mar tenderse silencioso
para tronar y reventar furioso.

Mas como la que finge sombra leve
el sueño de la noche delirante,
que en torno al lecho sin cesar se mueve,
de rostro angelical celeste, amante;
cuando la mano con pavor se atreve
el velo que la cubre á asir flotante,
huye veloz, deshácese ligera
como rayo de luna en la pradera.

No de otro modo Elisa en un momento
salta y esquivá el ponzoñoso abrazo,
tan ágil como el ave que en el viento

rompe los hilos de engañoso lazo;
 y á Carlos que la sigue sin aliento,
 firme detiene con su ebúrneo brazo;
 y aterradora, pura, refulgente,
 la cándida virtud brilló en su frente.

Y es el poder de las virtudes tanto
 que el vicio ante ellas la cerviz inclina,
 y arrojando sus armas, con espanto
 esconde el rostro de su luz divina:
 envuelto solo en engañoso manto
 de adulacion y falsedad camina;
 y agradable color faláz vistiendo
 la voz de las virtudes va fingiendo.

Así, Carlos confuso, avergonzado,
 ni á alzar los ojos se atrevió del suelo,
 como nocturno pájaro asombrado
 de ver un claro sol, un puro cielo.
 Por su frente el cabello derramado
 fue á su sorpresa y su vergüenza velo,
 y aunque alcanzar perdon era su intento
 hasta á implorarlo se negó su acento.

Enrique al mismo tiempo respirando
 el volcán de su pecho refrescaba,
 cual respira con ansia el que soñando
 en hondo precipicio resbalaba,
 y en un instante solo descansando
 en el lecho se encuentra que olvidaba,
 do libre el alma de su afán penoso
 recobra con placer paz y reposo.

Mas como la tormenta que callada
 dejó un momento de rasgar la esfera,
 un instante despues tiende inflamada
 alas de fuego en su veloz carrera,
 y el huracan la lleva arrebatada
 à hendir del aire la region entera,
 nació de Enrique en el calmado pecho
 con nueva agitacion nuevo despecho.

Elisa ya sin ceño, bondadosa,
 asió del brazo à Carlos admirado,
 y en plática agradable y cariñosa
 tranquilizó su corazon turbado.
 A sus labios volvió risa orgullosa
 y marchó ufano de la hermosa al lado,
 dirigiendo sus pasos al castillo
 que iluminaba de la luna el brillo.

Como un collado de figura extraña
 se alzaba formidable en la llanura,
 dominando soberbio la campiña
 de mármoles cercado y de verdura.
 Eran sus torres vanidad de España,
 nombradas por su fuerza y por su altura;
 y en ya pasadas guerras sus almenas
 de gloria y sangre se miraron llenas.

En azarosos tiempos lo labraron
 arquitectos de fama y nombradía,
 y hendas cavernas bajo de él cavaron
 do no entró nunca el resplandor del día.
 El secreto sus dueños conservaron,

y un mortal solamente lo sabía,
pues el señor que el suelo abandonaba
solo á su sucesor lo confiaba.

Enrique en ellas penetró escondido
con rubor inclinando la alta frente,
al mismo tiempo que ofreció tendido
entrada á Carlos espacioso puente.
El esposo en tinieblas sumergido,
el falso amante en cuadra refulgente;
sirviendo á Elisa el seductor malvado;
y en cueva oscura Enrique sepultado.

Tranquila en tanto se elevó la luna
tibia inundando con su luz la esfera,
que rompiendo tal vez nube importuna
era lluvia de plata en la pradera:
llena de envidia la miraba alguna
pálida estrella en su inmortal carrera,
y atravesando el éter se ausentaba
y lejos de ella á aparecer tornaba.

Carlos y Elisa entonces se apartaron
la paz buscando en su distinto lecho,
y al separarse entrambos abrigaron
distintas impresiones en el pecho.
Infernales espíritus sembraron
en el de Carlos férvido despecho;
y en el de Elisa, dulce la esperanza,
su eterna agitacion trocó en bonanza.

Y arrullada por dulces fantasias

que en torno de su frente revolaban,
 vió paz y amor en los futuros días
 que de vida en la tierra la esperaban.
 Claras miró surcar corrientes frias
 mil valles que las flores esmaltaban,
 y reina de aquel mundo tan risueño
 cayó en los brazos de apacible sueño.

De la quietud el angel silencioso
 con sus alas cubrió la fortaleza;
 y se entregaron todos al reposo
 dando paz á la mano y la cabeza.
 Solo rompe el silencio pavoroso
 un perro cazador que en la maleza
 remota indica, con latir cansado,
 que persigue al conejo acobardado.

Y por primera vez ardió de Carlos
 el corazon en devorante fuego;
 que siempre sus amores al gozarlos
 alegre los creyó versátil juego:
 pudo siempre sin pena abandonarlos
 y á mil nuevos volar y á otros mil luego;
 mas no sintió jamás la cruda herida
 que ora envenena pertinaz su vida.

Y solo en su aposento revolvía,
 sin encontrar descanso, desvelado,
 allá en la acalorada fantasia
 medios de ver su intento coronado.
 Las caricias de Elisa ya fingia
 su amor con el silencio estimulado.

y juró dar, en loco devaneo,
de fuerza ó grado fin á su deseo.

Con otros pensamientos se alteraba
su rumbo Don Enrique calculando,
que perdido tal vez lo recobraba
toscas paredes húmedas palpando:
su paso lento, sordo, remedaba
el eco por las bóvedas sonando:
y el cárabo sus alas sacudia
cobarde huyendo por incierta vía.

Caminando entre sombras al fin halla
en gruesa roca formidable, abierta,
que fue al poder del hombre débil valla,
una pequeña subterránea puerta.
El ruido entonces de su planta acalla
empezando á subir por senda cierta,
teniendo al cabo de la oculta rampa
salida fácil por difícil trampa.

Llega temblando, la levanta ansioso,
y á la trémula luz de un candelero,
ve el aposento rico y silencioso
donde Elisa gozó su amor primero.
Allí, do entró otras veces victorioso
de esclavos precedido, vano y fiero,
entraba entonces pálido, abatido,
por dudas y temores combatido.

Y ve á Elisa que ocupaba
en casta viudéz su lecho,

do tranquila respiraba
aire blando que elevaba
en dulce compás su pecho.

Recostada está sin pena
sobre el delicado lino,
como una fresca azucena
que besa la onda serena
de un arroyo cristalino.

Y el aliento que exhalaba
su boca tierna y hermosa,
liviano al cielo volaba,
y apacible semejaba
el perfume de una rosa.

Suelto en ondas descendía
el cabello embalsamado
que su frente enriquecía,
y en sus mejillas fingía
ébano y nacar mezclado.

Y con descuido ocultaba
un brazo de blanca nieve,
que en su perfeccion pasmaba,
en los pliegues que formaba
ruevuelta la seda leve.

Y cubierto con esmero
cuerpo de tanta belleza,
era un clavel hechicero
que en solitario sendero

escondió naturaleza.

Enrique mudo, admirado,
 arde en un volcán de amores,
 y en su pecho desgarrado
 eran presentes dolores,
 recuerdos de lo pasado

Sin duda entonces ni celos
 la consideró inocente
 como un angel de los cielos,
 viendo que no hay en su frente
 la huella de los desvelos.

Y al verla tan sosegada,
 tan seductora, tan sola,
 unió su boca abrasada
 á aquella boca encarnada
 cual un boton de amapola.

Húmedo el labio dormido
 se doblégó dulcemente
 por el de Enrique oprimido,
 y de amor estremecido
 volvió á alzarse blandamente.

Y de Enrique el corazon
 abrasado en viva llama,
 abarcaba en su pasion
 del placer la agitacion
 los temores del que ama.

En su entusiasmo ardiente fatigado
 descubrirse al momento decidia;
 y luego en un instante recobrado
 duda tremenda á renacer volvia:
 de un pensamiento en otro arrebatado,
 delirante y sin tino se perdia,
 cual misero bajel que incierto vuela
 sobre la hinchada mar, rota la vela.

Mas vence al fin amor: airado lanza
 del corazon á los cobardes celos,
 y de inefable dicha en la esperanza
 se cambiaron la pena y los desvelos;
 asi del sol donde el ardor alcanza
 muere la nube que manchó los cielos;
 porque no es puro amor, no es pura llama
 la que la duda ó la sospecha inflama.

Y en dulce arrobamiento trasportado
 admira la belleza de su esposa,
 y vuelve á unir el labio entusiasmado
 á su mejilla cándida de rosa.
 Y por la mano del amor guiado
 encaminó la planta silenciosa
 á la profunda solitaria cueva
 para esperar allí la aurora nueva.

A tiempo que Don Carlos aumentando
 con soñadas victorias su osadía,
 y ruegos y promesas inventando
 que allá en su mente á Elisa dirigia,
 se acercaba traidor: su pie marchando

el pavimento cuidadoso heria,
y el corazon aleve palpitaba
con el placer que en su ilusion tocaba.

Cedió una puerta á su insolente mano
dando salida á perfumado ambiente,
que con las alas al volar liviano
voluptuoso acarició su frente.
Temblando de placer lo bebió ufano,
como si entrase en templo refulgente
do revelara el humo en nube hermosa,
del deseo creacion, lasciva diosa.

Mas como el cazador que en selva verde
va á sorprender la tórtola dormida,
cuando la luz del sol tibia se pierde
tras de los altos montes escondida,
tiende al llegar la mano, y se la muerde
una vibora oculta enfurecida,
asi vió el seductor desesperado
por la trampa salir bulto callado.



de su vida y de su obra, y de su personalidad, y de su influencia en el mundo de las letras y de las ciencias, y de su legado para la posteridad.

Este libro es el resultado de un trabajo de investigación que he realizado durante muchos años, y que espero sea de utilidad para todos los que se interesen por la vida y la obra de don Juan de los Rios.

Madrid, a 15 de Mayo de 1910.

El autor, don Juan de los Rios.

Este libro es el resultado de un trabajo de investigación que he realizado durante muchos años, y que espero sea de utilidad para todos los que se interesen por la vida y la obra de don Juan de los Rios.

Madrid, a 15 de Mayo de 1910.

El autor, don Juan de los Rios.

Este libro es el resultado de un trabajo de investigación que he realizado durante muchos años, y que espero sea de utilidad para todos los que se interesen por la vida y la obra de don Juan de los Rios.

Madrid, a 15 de Mayo de 1910.

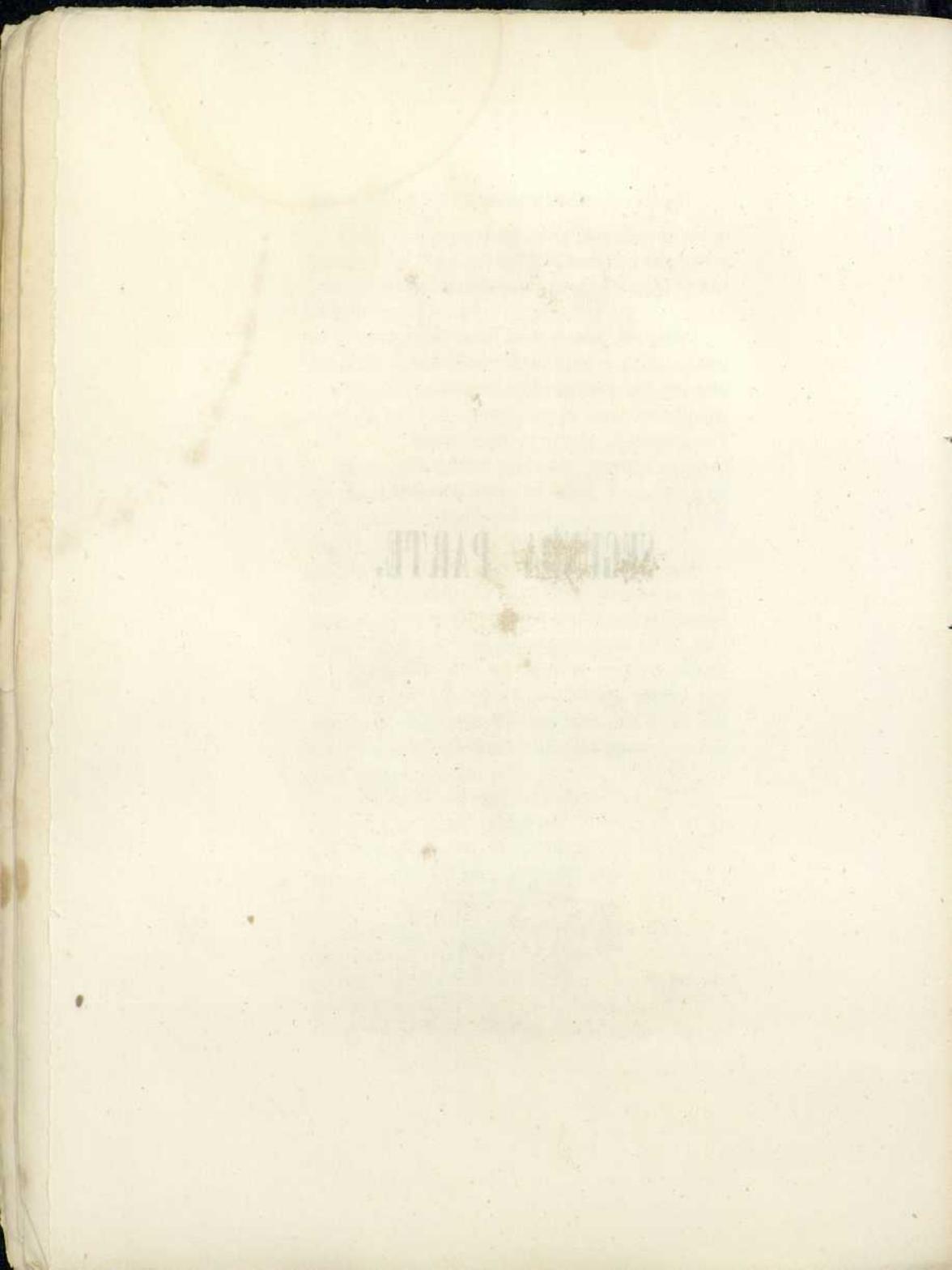
El autor, don Juan de los Rios.

SEGUNDA PARTE.

En esta parte se trata de la historia
del mundo, que se divide en tres
partes: la primera es la historia
de los siglos, la segunda es la
de los reinos, y la tercera es la
de las naciones.

En esta parte se trata de la historia
de los siglos, que se divide en
tres partes: la primera es la
de los siglos, la segunda es la
de los reinos, y la tercera es la
de las naciones.

Paralelo al centro de la tierra.



II.

Si es engañado el vicio en su esperanza,
padre infernal de todos los furors,
teñido en sangre con crueldad se lanza
del crimen, que es su hermano, en los horrores.
Su mas dulce placer es la venganza,
le contenta el gemir de los dolores,
y si acaricia falso á la belleza
es por manchar infame su pureza.

Traidor Don Carlos, yendo silencioso
á seducir la cándida inocencia,
en su pecho llevaba tormentoso
el germen del furor y la violencia.
En los cuerpos podridos ardoroso
halla el fósforo leve su existencia,
y crece y vuela, y presuroso sube
á henchir de muerte la tonante nube.

Parando al punto en el dintel mirando

á la trampa quedó con ojo ardiente,
 allá en su vil cabeza calculando
 causas de aquella escena sorprendente.
 Y celos aun mas viles inflamando
 iban la roja sangre, que en su frente
 arrebatando á la razon el tino
 se aglomeraba en ciego torbellino.

Volvió entonces la vista llameante
 al lecho donde Elisa reposaba,
 y en su entrecejo torvo, amenazante,
 aterradora furia se pintaba.
 De ella la paz, el célico semblante
 entre flotantes sombras ocultaba,
 siendo en el medio de borrasca oscura
 tranquila perla sobre concha pura.

Allá endereza el joven atrevido
 el pie insolente, y criminal la mano,
 y osa con ella asir descomedido
 aquel cuerpo en belleza sobrehumano.
 Arde su torpe amor mas encendido
 el tibio aliento al aspirar profano,
 y sin ser ya de sus acciones dueño
 turba de Elisa el inocente sueño.

De horror temblando, demudada y fria,
 abre los negros ojos, y pasmada,
 juzgando en sueño cuanto absorta via,
 en Carlos fija inmóvil su mirada.
 El cabello tendido mal cubria
 la espalda y la garganta torneada,

y el pecho que el terror fiero conmueve
cual recio viento la apretada nieve.

Tan celestes encantos enardecen
mas cada vez al desleal mancebo,
y sus locas pasiones embravecen
siendo desnudos de sus ojos cebo.
Sus vehementes deseos oscurecen
hasta los celos, y en delirio nuevo,
cerrando á Elisa en el siniestro brazo
la estrecha al seno en convulsivo abrazo.

Entonces reconoce la cuitada
que no era sueño su fascinante engaño,
bajo el silencio de la noche helada
hiriendo el alma con fingido daño.
Y al ver la realidad desembozada,
ante ella clara, y el peligro extraño,
cuajó el pavor en su mejilla el llanto
y agudo un grito demostró su espanto.

Y en desigual pelea sollozante,
ya la fuerza rechaza con la fuerza,
y ya con voz humilde y suplicante
demandando piedad el llanto esfuerza.
Lo escucha Carlos de furor temblante,
sin que su intento criminal se tuerza,
que el llanto angelical su pasión dobla,
y sus esfuerzos sin cesar redobla.

Mas un angel del cielo, compañero
y guardador eterno de la hermosa,



tambien contrasta al enemigo fiero
 con su invisible diestra poderosa.
 Ora le infunde un miedo pasajero,
 ora interpone su ala vaporosa,
 y ora los ecos de las roncadas voces
 prolonga por las bóvedas veloces.

Bajo ellas yacen pajes y escuderos
 á los halagos de la paz rendidos,
 dejando á un lado en ocio los aceros
 lejos del lecho donde están dormidos.
 De las lámparas tocan los mecheros
 inquietos resplandores desprendidos,
 y en el lejano muro de pie vela
 en su lanza apoyado un centinela.

Duermen tambien con virginal sosiego
 (que ya se me olvidaban estas señas)
 libres de los ataques del dios ciego,
 varias devotas y virtuosas dueñas.
 Mas seducidas del doncel á ruego
 taparon sus oidos con las greñas:
 y si esta es falsedad no es de las gordas,
 que no es nuevo entre dueñas el ser sordas.

En rumor triste pasan los lamentos
 por entre los guerreros que no oían,
 y con el silbo de lejanos vientos
 en las huecas estancias se perdían.
 De ellas al fin dos cirios soñolientos
 junto á un dosel de terciopelo ardían,
 en cuyo frente se descubre fijo



de livido marfil un Crucifijo.

La santa efigie de la cruz pendiente,
 aunque de duro material formada,
 al punto brota en su divina frente
 la sangre por los hombres derramada.
 Y por su voluntad omnipotente,
 sobre el dosel un hacha trastornada,
 inflama el recamado terciopelo
 que en vivas llamas se dirige al cielo.

Una pequeña claraboya daba
 bajo del friso luz á la capilla,
 y el sol desde su cuna la bañaba
 cuando mas pura su corona brilla.
 Temeroso de brujas la miraba
 desde el muro el vigia, y se arrodilla
 murmurando devotas oraciones
 cuando vió el humo en densos nubarrones.

Levántase al momento presuroso,
 y temiendo el estrago ya inminente,
 se dirige al castillo silencioso
 para alarmar á la dormida gente.
 Llega, penetra, rompe aquel reposo
 gritando ¡fuego! el labio balbuciente;
 á unos ase del brazo, á otros sacude,
 y acá y allá con alboroto acude.

Abren unos los párpados dormidos
 y alzan estupefactos la cabeza,
 otros saltan inciertos, sorprendidos

abandonando el lecho con presteza.
 Lanzan algunos torpes alaridos;
 varios corren tambien con ligereza;
 dónde rueda un broquel, do una celada,
 quién ase del puñal, quién de la espada.

Crujen las llamas al crecer feroces
 imitando sonidos lastimeros,
 que unidos á los pasos y á las voces,
 y al confuso chocar de los aceros,
 engendran de uno en otro ecos veloces
 bajo los huecos mármoles parleros;
 y enlazados por bóvedas sin cuento
 llegan al fin de Elisa al aposento.

Los escucha Don Carlos, y rabioso,
 creyendo su intencion ya descubierta,
 abandonando á Elisa va furioso
 y cierra osado con vigor la puerta.
 De ella el seno afligido y congojoso
 cobra valor con la esperanza cierta,
 y cuando aquel aumenta sus delitos
 su voluntad afirma y da mas gritos.

Uno argentino y penetrante llega
 hasta donde el esposo sepultado,
 lleno de amor, é incertidumbre ruega
 al que cielos y mundos ha creado;
 y no con tal presteza se despliega
 el fuego entre las nubes encerrado,
 como de Enrique el corazon palpita
 y la planta veloz se precipita.

Carlos ya delirante, despechado,
 revuelve hácia su víctima inocente:
 je bulle el pecho hirviente y levantado,
 y un terrible sudor corre en su frente.
 Sobre ella el negro pelo amontonado
 añade horror á la mirada ardiente,
 y arrastrado ¡oh furor! por su destino
 ya no es el forzador, si el asesino.

Limpio en su diestra mano reverbera
 un agudo puñal, y en ronco acento
 á Elisa anuncia su hora postrimera
 si no se rinde dócil á su intento.
 La fiel viuda teme y desespera,
 y al ver llegado el último momento,
 arrodillada en el revuelto lecho
 baña con mudo llanto el blanco pecho.

Ha muerto ya la plácida esperanza
 que empezó á confortarla con su halago,
 y en un instante solo de tardanza
 mira la realidad del crudo amago;
 ya de su castidad la fiel pujanza
 se quebranta, y se rompe ante el estrago
 con que la aterra en bárbaro castigo
 su vil amante, corruptor amigo.

Mas súbito irritada se levanta,
 cual genio protector y de consuelo,
 una adorada sombra cuya planta
 firme y osada vuela por el suelo.
 En tal angustia y congoja tanta

Elisa piensa que la acorre el cielo,
y agradecida al Juez de nuestras almas
tiende á su Enrique las dolientes palmas.

Pero ¡oh crimen atroz! Don Carlos fiero,
muere, le grita á la constante esposa,
y ese tu oculto amante de mi acero
pruebe tambien la furia poderosa.
Exclama y hiere: un grito lastimero
despide la infeliz, y como rosa
por dura mano en el abril segada
queda en silencio y sangre sepultada.

Y luego el asesino embravecido,
siguiendo ya del crimen la ancha vía,
vuelve agitando su puñal buido
hácia el lugar do Enrique aparecía.
En su furor y celos embebido
de su rival la muerte apetecía;
mas al mirar el caso sobrehumano
el arma suelta la aturdida mano.

Enrique nada ve, nada le aqueja,
ni aun el vivo deseo de venganza,
mas que su amada esposa: á Carlos deja,
y como un rayo al lecho se avalanza.
Ni produce un gemido ni una queja,
que le anima tan solo la esperanza,
aunque por el temor casi vencida,
de á Elisa conservar la dulce vida.

Con mano cuidadosa busca el triste

del corazon helado los latidos,
 y al dolor de no hallarlos se resiste
 creyendo la ilusion de sus sentidos:
 de un silencio solemne se reviste,
 teniendo los del suyo comprimidos,
 y palpa, y mira, y sin moverse toca
 con su labio aterrado la fria boca.

Al fin eleva la inclinada frente,
 y cual brasas sus ojos ora brillan
 al recorrer sus ojos velozmente
 la alcoba que los vicios amancillan:
 chispeando venganza airadamente
 vuelven, revuelven, se alzan y se humillan,
 mas todo en valde, que el traidor destino
 encubre con su manto al asesino.

Y al mismo tiempo á la cerrada puerta
 en confuso tropel se arremolina
 de servidores fieles tropa incierta
 que á anunciar el peligro se avecina.
 Gritan todos á un tiempo: ¡fuego! ¡alerta!
 ¡alerta, que el incendio se avecina!
 añadiendo despues con lealtad vana
 ¡salvémos á la buena Castellana!

Viendo que nada á su clamor replican,
 prueban á entrar por fuerza y golpes rudos,
 aquellos mas leales multiplican,
 con el duro metal de sus escudos:
 su vigor poderoso entero aplican
 soldados tan valientes y membrudos,

que el verdadero amor es mas piadoso
que de vanos respetos cuidadoso.

Inútil es su afan; la encina dura
con láminas de cobre bien chapada,
sobre los férreos goznes muy segura,
firme y tenaz estórbales la entrada.
Ya el incendio á la espalda se apresura
sobre la multitud desesperada,
cuando las puertas, con el brillo rojas,
abren raudas de suyo las dos hojas.

El ojo tinto en sangre y reluciente,
la barba sin aliño enmarañada,
la mejilla muy pálida, y la frente,
Enrique se les muestra allí á la entrada.
Verle, y lanzar la acobardada gente
un grito helado, y luego desbandada,
pavorosa escapar, es un momento,
arrojando las luces y armamento.

Triste Enrique, ¿para qué
has salido de la huesa?
¡De cuántos dolores presa
tu corazon hoy se ve!
Si tu intento vivir fue,
prueba á tolerar la vida
de tanto horror combatida;
prueba á sustentar su peso,
y verás solo con eso
cuán justa era su medida.

Ya en tu castillo te hallas;
ya no te alcanza la muerte;
será tu brazo el mas fuerte
en torneos y batallas:
Será tu nombre... mas ¿callas?
¿tus esperanzas confiesas,
cuitado, que no eran esas?...
¡Ah! sí; tu amigo es traidor,
un cadáver es tu amor
y tu castillo pavesas.

Tus siervos huyen de ti,
no encuentras ya tu grandeza,
y de Elisa la belleza
es deshojado alheli.
¿Estás satisfecho, dí?
¿No es tal la que ambicionabas
dicha, y tan caro comprabas?...
Hombre insensato y demente,
¡cuánto dieras al presente
por lo que antes desdñabas!

Esa mujer desdichada
que tinta en su sangre ves,
lívida, muerta á tus pies
por tu amigo asesinada;
mirala yerta, callada,
aun tenderte todavía
los brazos con que ceñía
tu cuello en tiempos mejores,
cuando de castos amores
en la tierna llama ardían.

¿No recuerdas ¡ay! su boca
 en interminable beso?
 ¿su delirio, su embeleso,
 de amor purísimo loca?
 ¿A llanto amargo provoca
 este recuerdo tirano?...
 Acaso insolente y vano
 acusarás al destino,
 sin ver que del asesino
 tú propio armaste la mano.

En espantoso desórden
 los aterrados vasallos
 huyeron sin detenerse
 del incendio y de su amo;
 y por diferentes rumbos
 salieron al campo raso,
 donde al cabo todos ellos
 en corrillos se juntaron,
 y allí en comun dividieron
 de su miedo el entusiasmo
 los muchos que lo traian
 con los mas que lo tomaron;
 y era de ver el asombro
 de los que, habiendo llegado
 sin noticia alguna, oian
 decir que se hallaba el amo
 dentro de su propia casa.
 Mas uno de ellos ya cano,
 corto de talla y de fuerza,
 pero de astucia muy largo,
 que en el campo hacia poco

y hablaba mucho en poblado,
 andaluz, en fin, de Ronda,
 y rondador por lo tanto,
 sabiendo mas de amoríos
 que de batallas y asaltos,
 prorumpió de esta manera
 en una voz de contralto:

—Esos mocitos que dicen
 que han visto al pobre del amo,
 mienten con mucha limpieza.

—Miente solo el deslenguado,
 le respondió con un voto
 Pero Nuñez.

—Seor guapo,
 contestó el de Andalucía,
 como guardian es de alanos
 salta al instante à la oreja.
 Yo sé muy bien lo que hablo;
 los muertos no resucitan.

—Tiene razon, y es muy llano
 lo que dice el viejo Lope,
 dijo un tercero; y al cabo
 en tela de discusion
 puesto el caso extraordinario,
 variaron los pareceres:
 los que habian visto juraron;
 dudaron de ello infinitos,
 é hicieron unos relatos
 de cuentos de aparecidos
 como ciertos, otros falsos
 sacaron tambien ejemplos,
 y su opiaion afirmaron

de que del miedo tan solo
 era hijo el resucitado ;
 con lo cual y con el ruido
 de los muros calcinados
 que en el ardiente castillo
 venian sin cesar abajo ,
 era el cuadro que á la vista
 se ofrecia, fiel retrato
 del infierno en la colina,
 del purgatorio en el llano.

Pasada al fin media hora
 entre gestos y ademanes
 (puesto que la voz no era
 para explicarse bastante):
 hubo un momento de calma,
 á tiempo que ya voraces
 las llamas se adelantaban
 desplegadas en los aires
 como banderas tendidas
 de ejércitos infernales,
 y espesas ennegrecian
 los invencibles sillares
 del ángulo del castillo
 do la triste Elisa yace.
 Entonces alzando Nuñez
 en su diestra formidable,
 á guisa de banderola,
 su gorra morada y jalde,
 «¡allí vive la Señora!»
 exclamó, y con desiguales
 pasos subió la ladera

sin mirar mas que adelante.
Siguiéronle algunos pocos
acaso sin explicarse
la empresa que acometian,
(porque siempre los audaces
al partir séquito llevan,
mas solos llegan al lance);
siguiéronle como digo,
y á proporcion que acercarse
vian el peligro, los pasos
deteniendo iban cobardes,
tanto que al llegar al foso
de ardientes escombros cauce,
vuelta la espalda al castillo
bajaron á donde antes.
Solo el bravo Pero Nuñez
sin torcer nunca el semblante
salvó el muro aportillado,
y penetró por las naves
del vacilante edificio
sobre el desplomado adarve.
Al mismo tiempo con vária
meditacion, por distantes
vias del castillo, salieron
en lo tristes solo iguales
Don Carlos y Don Enrique,
y con paso lento y grave
ambos á dos se alejaron
demudados los semblantes.
Si quieres contar, lector,
de los amigos rivales
los secretos pensamientos,

te los dirá, pues los sabe,
 mi musa escudriñadora,
 que tiene de estos galanes
 ante su vista las almas,
 y en sus pechos entra y sale.

Don Enrique maldecía
 de su desdicha el rigor,
 y aunque tarde conocía
 cuán feliz antes vivía,
 cuán necio era su dolor.

Y de su vida presente
 viendo la dura orfandad,
 caminaba lentamente,
 ardiendo solo en su mente
 la sed de la eternidad.

¡La eternidad! pavorosa
 idea, sierpe venenosa
 para un feliz corazón;
 ¡esperanza deliciosa
 en desdichas y aflicción!

Don Carlos arrepentido
 iba, y con miedo además,
 tendiendo el cobarde oído,
 y á cada ligero ruido
 volviendo la cara atrás.

Y en tan raro laberinto,
 llevado por el instinto

aun mas que por la razon,
 seguia la direccion
 del solitario recinto.

Donde en tumbas polvorosas,
 cubiertas de duras losas
 y de ciprés circuidas,
 descansaban silenciosas
 separadas de las vidas.

Las sombras de los señores
 de aquel palacio almenado,
 teatro de tantos horrores,
 que en fúnebres resplandores
 brillaba sobre el collado.

Y entre tanto que corria
 cada cual á su destino,
 el fuego se embravecia,
 y la aurora aparecia
 en el cielo cristalino.

Rayaba el sol de montes mil collados
 la enmarañada verdinegra altura,
 tendiendo en horizontes dilatados
 los claros rayos de su lumbre pura.
 Salen de sus rediles los ganados;
 muere la sombra, nace la verdura,
 y á robar vuelve al iris sus colores
 bordado el campo con alegres flores.

Escápanse las fuentes resbalando

76 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

sobre la yerba claras con murmullo,
y entre guijas risueñas van saltando
de fresca brisa con el blando arrullo,
redondas gotas vuelan salpicando
el que á abrirse probó tierno capullo,
y en la estrecha corola centellantes
imitan una lluvia de diamantes.

Ligeras nubes recamadas de oro
que del naciente sol se desprendia,
y de las aves el cantar sonoro
que por do quiera sin cesar se oia,
en conjunto formaban un tesoro
de tal contentamiento y armonia,
como el que por la noche nos pintamos
cuando vivir en el eden soñamos.

¡Cómo concuerdan con la paz del alma
de una alegre mañana los albores!
¡cómo enjendran en ella dulce calma
tanto vario matiz, tan varias flores!
Se eleva al cielo al contemplar la palma,
la extienden con su voz los ruiñeños;
olvida de su carcel la estrechez
y libre se une á tí naturaleza!

Mas ¡ay! que si del pecho en lo profundo
guardadas tiene el hombre duras penas,
hiérole mas tu aspecto tan fecundo,
irritas su afliccion si te serenas.
Duele mucho mirar tranquilo el mundo
cuando corre ponzoña por las venas,

y un cielo despejado, un verde suelo,
 en vez de dar placer dan desconsuelo.

De Enrique en la alta frente retratados
 mil dolores agudos se leían,
 y en sus inquietos párpados hinchados
 mil combates del alma se veían:
 inciertos, pero firmes y aun osados
 sus ojos las montañas recorrían,
 y descubriendo al fin lo que buscaban
 los pies tras de los ojos caminaban.

Corriendo hácia otra parte consternado
 encontraba Don Carlos removida
 la tierra del sepulcro, donde helado
 yació un año su amigo sin la vida.
 Mudo de asombro, de terror pasmado,
 en conjeturas su razon perdida,
 al cielo airado interrogar no osa,
 y mira inmóvil la arrancada losa.

Juzga primero que del hondo abismo
 fue aparición Enrique vengadora,
 y en tal instante se maldice él mismo,
 y de su crimen la demencia llora.
 La religion despues ó el fanatismo
 con que respeta á Dios, teme ó adora,
 en el confuso caos de su mente
 enjendran otra idea diferente.

Acaso á Enrique el Dios de los cristianos
 tornó á romper los grillos de la nada

para poner en tan valientes manos
de su justicia la tremenda espada;
mostrando así á los fieros malismetanos
que tenian la España avasallada
cuanta era, consumada su clemencia,
la fuerza de su eterna omnipotencia.

Y este de su cabeza torpe aborto,
raciocinio insensato, necia idea,
en gran meditacion le tiene absorto
y de su alma infeliz se enseñorea;
de tal manera, que un espacio corto
de tiempo trascurrido, entero emplea
la agilidad voluble de su planta
buscando al muerto que la tierra espanta.

¿Qué pretende decirle el asesino
de su inocente y desdichada esposa?
¿El que ha sido con misero destino
baldon de su memoria gloriosa?
¿Cómo juntos han de ir por un camino
si los separa ya sima espantosa?....
Va á arrojarse á sus pies, á verter llanto,
á pedirle perdon: lo juzga santo.

Y mientras busca las huellas
de Don Enrique, Don Carlos
por entre las flores bellas,
pues no nos importan ellas,
prudente será olvidarlas.

Y seguir de mejor gana

á la luz de la mañana
y del incendio infernal,
la osada planta liviana
de Pero Nuñez leal.

Quien lleno de noble ardor
é indecible atrevimiento,
de la llama al resplandor,
penetraba con valor
por do apenas cabe el viento

Y llegando finalmente
ál cuarto de su señora,
aturdido, irreverente,
obedeció ciegamente
á su intencion salvadora.

Creyéndola desmayada
del suelo la levantó,
y en sus hombros colocada
como un fardo, atravesó
por la mansion inflamada.

Era el terrible momento
en que los de abajo vían,
(reconcentrado el aliento)
que en pausado movimiento
los paredones se abrian.

Y que las llamas rodando
en jigantes remolinos,
se atropellaban silbando

unas tras otras entrando
por los recientes caminos.

En lágrimas anegados
aquellos soldados duros,
miraban desesperanzados
oscilar desencajados
sobre su base los muros.

Y al cabo con ronco estruendo
la mole enorme cayendo
del cimiento á las almenas,
cuajó la sangre en las venas
de cuantos la estaban viendo.

Un prolongado gemido
lanzaron de horror y asombro,
cuando apareció subido
sobre el muro derruido
Nuñez con su carga al hombro.

Y aun antes que se cobrara
de su admiracion la gente,
sigue corriendo y no para
hasta que la presa cara
pone á sus ojos patente.

Y con rostro satisfecho,
latiendo de orgullo el pecho,
echó á su hermosa señora
de juncias en blando lecho
junto á una fuente sonora.

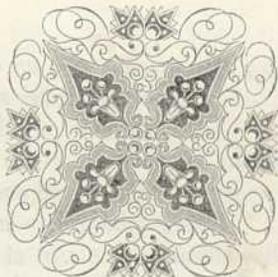
Viéronla entonces herida,
bañada en su propia sangre,
y su asombro se aumentó,
volviendo así como antes,
a pensar de Don Enrique
en la aparecida imagen:
y se santiguaban unos;
meditaban los mas graves;
algunos viejos rezaban,
y aquellos mas lenguaraces,
cuchicheando por lo bajo,
inventaban á millares
cuentos que la pura honra
de la dama miserable
amancillaban, en tanto
que allí sin auxilio yace.
Hasta que cayendo en ello,
y del dolor recobrándose
Nuñez, de este modo habló
con mirada y voz audaces:
—Canalla vil y mezquina,
pues que la herida habeis visto,
¿no hay quién sepa, voto á Cristo,
aplicarle medicina?
Y encarándose al momento
con uno de los presentes,
crujiendo airado los dientes,
añadió con ronco acento:
—Tú, Hernan, dicen que curas
y sabes cosas extrañas;
cúrala, ó de tus entrañas
parches haré y ligaduras;

cuyo argumento sonó
tan claro, limpio y conciso,
que Hernan se convenció
y á la señora acudió
sin esperar otro aviso.

Reinó profundo silencio,
y al curandero mirando
todos los ojos presentes
estuvieron por un rato.
Él cuidadoso observaba,
registro haciendo pausado,
dobladas ambas rodillas,
temblantes ambas las manos:
sondeó la profunda herida,
lavó de la sangre el rastro,
buscó en las venas latidos,
levantó á fuerza los párpados,
y como nada decia
embebido en su cuidado,
algunos á media voz
está muerta, murmuraron:
muerta, muerta, repitióse
por otros mas, y volando
de boca en boca, *está muerta*,
¡muerta! los ecos clamaron.
Solamente Pero Nuñez
en su silencio obstinado,
al curandero fijaba
con mirada de leopardo;
cuando por fin Hernan Lopez
poniéndose en pie de un salto

gritó: ¡vive! y el buen Nuñez
le dió estrechísimo abrazo.

Mas dejando en este punto
á Elisa con sus vasallos,
busquemos á los rivales
que uno tras otro á lo largo
por un estrecho sendero
de brezo y jaras sembrado,
seguidos de sus pesares
subiendo van á lo alto.



que uno tras otro a lo largo
de un estremo...
de fuerza y tanta...
agujeros de las...
anuncio van a lo alto...

El ruido de...
región...
dichas...
sobre...
lona de la...
dentro...
levanto a...
y como...
estubo...
algunos...
cada...
averie...
por otros...
de los...
¡muerto! los...
Bilamento...
es un...
el...
con...
cuando...
cualquier...





IV.

Descarnado en cien picos pardo y duro
 al pie de dos colinas se levanta
 un risco solitario, y es un muro
 que el paso cierra en la áspera garganta.
 Allá en el seno de la tierra oscuro
 tal vez afirma su profunda planta,
 y acá oprime la frente en la árdua calle
 por do bajan las aguas hácia el valle.

Llegan raudas, y chocan, fragorosas
 salvan la cima en curvas transparentes,
 descenden y se cruzan bulliciosas
 y á lo mas hondo agólpanse rugientes:
 cruzan luego con ondas presurosas
 la pradera inmediata, y diligentes
 corren á unirse con el ancho rio



que lleva su caudal al mar bravio.

Enrique, que marchando iba delante
sin saber que Don Carlos le seguía,
con planta osada y lúgubre talante
por lo escarpado del peñon subía,
del cual sobre la cima hácia adelante
la enjuta oblicuidad de un plano había,
desde donde á la vista se retrata
todo el horror de la ancha catarata.

De pie sobre él miró por ambos lados
presta correr las aguas bullidoras,
rompiendo sus cristales delicados,
del abismo sin fin en las sonoras
cavernas escondidas, do mezclados
con arenas y espumas voladoras,
remedando del hombre los destinos,
giraban en confusos remolinos.

Y al contemplar el cuadro variable
de la altiva corriente y la honda sima,
sintió pavor, pensando el miserable
que á muerte duradera se aproxima.
Es verdaderamente inexplicable
el soplo celestial que nos anima!
Él los deseos engendra y los impele,
y al mismo tiempo combatirlos suele.

Era la muerte el único deseo
de Enrique en su afliccion desesperada,
y su alma valerosa débil veo

ante aquello que busca anonadada.
 Si odiosa le es la vida cual lo creo
 ¿cómo el abandonarla no le agrada?
 Ah! solo comprende mi abatida mente
 que para comprenderlo es impotente.

Lo cierto es, oh lector, que Enrique helado
 la ambicionada paz allí encontraba,
 y del mar de sus penas irritado
 al puesto que eligió salir no osaba.
 Su frágil pensamiento anonadado
 de uno en otro terror triste volaba,
 y su cerebro ¡ay! vertiginoso
 copia era del torrente caudaloso.

Así indeciso, pálido é inmoble,
 sumido en su afliccion permanecia,
 y de las olas el estruendo doble
 con misteriosa irritacion crecia:
 el rutilante sol su frente noble
 en un celaje lóbrego escondia,
 y á lo lejos las llamas colosales
 brillaron en sangrientas espirales.

Carlos llegando entonces humillado,
 á perdonarle con su voz le incita,
 y de Enrique el dolor casi apagado
 del amigo traidor la vista irrita;
 y como un fiero tigre encadenado
 que rompe su dogal, se precipita
 gritando con furor sobre el mezquino:
¡ Ven á partir mi bárbaro destino!



Acaso en las llanuras silenciosas
de los nuevos salvajes continentes,
rizadas las espaldas sinuosas,
bravas se ven luchando dos serpientes:
estréchanse en lazadas poderosas,
chocan airadas las concluidas frentes,
y en venenoso aterrador silbido
pasman los ojos, hieren el oído.

No de modo distinto Enrique y Carlos
trabaron al instante lucha fiera:
desembozóse el sol para mirarlos;
suspendido el torrente los espera.
Imposible sería el aplacarlos,
pues ya cambiada la intencion primera,
el valor del suicidio Enrique cobra
y el amor de la vida al otro sobra.

Angel de los furores, genio impio
que en muerte y destruccion hallas contento,
y encerrado en el seno del vacío
diriges por do quier tu ojo sangriento,
presta un instante solo al canto mio
el eco formidable de tu acento,
para que digna mi pintura sea
de tan odiosa y bárbara pelea.

Enrique impele á Carlos furioso,
y arrastrando al abismo se avecina,
y asido aquel al plano resbaloso
es obstinada rémora marina.
Cárdeno el rostro, el labio silencioso,

miran los dos el agua cristalina,
que tranquila mostrándoles su rumbo
horrisona se lanza en ronco rumbo.

Cual grupo inanimado lentamente
resbalan por la oblicua cortadura,
y en abrazo espantoso frente á frente
abandonando van la peña dura:
asi llegan por fin al eminente
borde fatal de la tremenda altura,
y Enrique el cuerpo allí con osadía
lanza del aire á la region vacía.

Mas duros eslabones ambas manos
en las de Carlos forman enlazadas,
y de este los esfuerzos ¡ay! son vanos
para lograr mirarlas desatadas.
No se lanzaron nunca ojos humanos
mas crueles y feroces ojeadas
que las que ambos á dos se están lanzando,
uno de pie en el risco, otro colgando.

El raro grupo asi permanecia
en actitud tan triste y fatigosa;
y de Carlos al vértice venia
poco á poco la planta vigorosa:
él resbalar pausada la sentia;
viendo que era imposible, en la lustrosa
superficie afirmarla, y la pujanza
le empezaba á faltar con la esperanza.

Ya frágiles columnas ambas piernas

en convulsion ligera le temblaban,
 y mirando las lóbregas cavernas
 sus anublados ojos se turbaban:
 comparábalas triste á las eternas
 simas que en la otra vida le esperaban,
 cuando Enrique sin fuerza por si mismo
 abrió las manos y cayó al abismo.

Sintiéndose del peso descargado
 Carlos, confuso, la razon perdida,
 con semblante miró desenchajado
 de su rival la súbita caída.
 Mas del final impulso no cobrado,
 y su cabeza ardiente acometida
 de repente vértigo inclemente,
 rodó tambien con el veloz torrente.

Y las aguas siguieron espumosas
 el circulo del sol reverberando;
 y las ligeras brisas aromosas
 siguieron apacibles murmurando;
 y siguieron las llamas estruendosas
 los restos del castillo devorando;
 y la naturaleza muda y quieta
 siguió existiendo virgen y completa.

Así concluye la vida
 solo con un paso leve,
 que aunque difícil, es breve
 la puerta de la salida.

Ya Enrique y Carlos murieron;
ya su afliccion acabó;
ya del Dios que los crió
ambos á las plantas fueron.

Y de otro mundo en los senos
su historia no hay quien acabe,
que acá nada mas se sabe
que hay dos átomos de menos.

Y que Elisa al fin curada
del golpe, no del pesar,
fue su existencia á acabar
en un convento encerrada,

Do en perfecto sacrificio,
en santa y justa oblacion,
dió á Jesus el corazon
bajo el sayal y el cilicio.

Hay no obstante quien refiera
que de la noche en lo oculto
entraba en su celda un bulto
cual leve sombra ligera.

Y luego al venir el día,
abandonando el convento,
sobre las alas del viento
desaparecer se veia.

Pero esta sombra prolija
que salia por las mañanas,

de credulidades vanas
me parece solo hija.

Tú, lector, con tu buen seso
puedes creerlo, si quieres,
y á fe que si lo creyeres
no hemos de reñir por eso.



94 LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

La altiva fantasía es ficción vana,
el sol de la razón caos profundo;
y en las sendas del suelo
la loca humanidad se perdería,
si con bondad y paternal desvelo
no fuese el mismo Dios su única guía,
y su único fanal la luz del cielo.

Así exclamó contrito, arrodillado,
el viejo que al principio desta historia
con su descubrimiento entusiasmado,
(à no ser que me engañe la memoria)
se apellidaba vencedor del hado.

Solo en su habitacion lo mismo que antes
la pasta que formó pulverizaba,
y habiendo mentalmente recorrido
la tragedia que de ella habia nacido,
al aire la arrojaba.

Y en impalpables átomos perdida,
cuando la vió el anciano
añadió con acento sobrehumano:
¡Perdóname, buen Dios, tuya es mi vida!



